

ahora en boga por remitir a esa sociedad idílica tradicional, como la artesanía. La función del historiador, como muestran los escasos estudios e informes sobre Albacete, parece ser la de recuperar retazos y huellas de historia que testifiquen la raigambre de una comunidad y muestren el enlace de las nuevas instituciones, de las nuevas normas, del nuevo «estilo», con los del pasado.

En los grandes actos de reafirmación, conmemoraciones y aniversarios, como en el CCL aniversario de la batalla de Almansa, en 1957, o el centerario de la ciudad de Albacete, en 1962, las resonancias históricas pueblan los discursos laudatorios, los escenarios y los Festejos. En las escuelas, aparte de rendir homenaje a momentos especiales, como al Siglo de Oro en la Fiesta del Libro, el periodo comprendido entre los Reyes Católicos y Felipe II constituyen una lección central en las asignaturas de Historia y Formación Política. Son numerosas asimismo las conferencias impartidas en distintos centros de la capital que versan sobre temas históricos, tratando a veces de descubrir un precedente de la política del Régimen en la de los siglos imperiales; por ejemplo, en las leyes de Indias o en las viejas ordenanzas municipales. El propio obispo, Arturo Tabera, desde que en 1950 se crea la diócesis de Albacete, hace referencia, entre sus constantes clamores por una «sólida» moral y un «nuevo» espíritu religioso, a las etapas históricas de esplendor católico. Y como nota final a resaltar, el nuevo proyecto sindical, basado en la integración de todos los elementos de la producción en unas mismas células institucionales, es a menudo presentado como reinterpretación del viejo sistema corporativo medieval. Los mismos vocablos empleados en relación con este mecanismo ya remiten a aquel mundo: hermandades, gremios, maestro mayor, Cabildo, etc...

A la luz de este retorno verbal y ficticio a un pasado remoto, bien puede hablarse de verdadera utopía sin posibilidades —ni deseo real alguno— de realización, porque al tiempo que cundían este discurso y esta nueva estética del ayer más pretérito, las fuerzas sociales y las fuerzas políticas mantienen unas relaciones y unas pugnas que sólo se explican en el siglo XX, tras una clara y acabada transición del feudalismo al capitalismo y un ascenso creciente e imparable de las presiones populares democráticas. No se podía dar marcha atrás en la historia si no era en el plano de la artificiosa evocación: la dictadura, con todo su montaje institucional, supone